

Charlotte Betts

La HIJA
del BOTICARIO

Traducción:

CARLOS MILLA E ISABEL FERRER



MAEVA

LIBRO MENGUANTE

ENERO
1665

1

En la botica, Susannah, abstraída en sus ensoñaciones a la luz de la ventana, molía flor de azufre, reduciéndola a un polvo fétido, y veía pasar a la gente. Fleet Street presentaba, como siempre, el ajetreo propio de un hormiguero. En la nieve matutina caía ya el hollín de la nube tóxica que el viento traía desde los hornos de cal de Limehouse, y la escarcha formaba témpanos en las crecientes aguas residuales del albañal que discurría por el centro de la calzada. Se oía el tañido de las campanas de las iglesias y los perros ladraban entre la riada incesante de personas que desfilaba por la calle.

¡Chop! Una bola de nieve se estrelló contra el cristal de la ventana. Susannah, sobresaltada, ahogó un grito y soltó la mano del almirez, a la vez que salía de su estado de abstraída contemplación. Fuera, un pilluelo se rio de ella.

—¡Diablillo!

Con el corazón todavía acelerado, amenazó al chiquillo con el puño. Mientras lo observaba alejarse como una flecha entre la muchedumbre, captó de pronto su atención la figura alta de un hombre con sombrero y capa oscuros que se abría paso a través de la nieve.

Algo en su manera de moverse entre el tumultuoso gentío, como un lobo que avanza sigilosamente por el bosque, despertó la curiosidad de Susannah. Cuando el hombre se acercó, lo reconoció: era un médico, uno de los clientes menos asiduos de su padre. Sorteó un vaheante montón de bosta de caballo y una col desechada, y en ese momento quedó claro que se dirigía hacia la tienda.

Susannah abrió la puerta.

–Buenos días –saludó, estremeciéndose al sentir el aire gélido que acompañó al hombre cuando entró.

El médico se tocó el sombrero, pero no le devolvió la sonrisa.

–¿Está el señor Leyton?

–Ahora mismo no. ¿Puedo ayudaros en algo?

–Dudo mucho que vos...

Susannah reprimió su irritación con un suspiro. ¿Por qué suponía ese hombre que ella era incapaz de atenderlo por el mero hecho de llevar falda?

–Decidme qué necesitáis, caballero, si sois tan amable.

–Lo que necesito es hablar de mis necesidades con vuestro padre.

Ante el tono de aquel hombre, Susannah se sintió tentada de contestar con un desplante, pero refrenó el arranque de mal genio y se limitó a decir:

–Ha ido a examinar la orina del párroco.

El médico se quitó los guantes y, mientras se frotaba las manos para recuperar el calor, juntó las cejas oscuras en una expresión ceñuda.

–Se trata de un asunto urgente. Cuando vuestro padre regrese, tened la bondad de comunicarle que el doctor Ambrose ha estado aquí y pedidle que venga a verme.

–¿Puedo decirle de qué deseáis hablar con él?

El doctor Ambrose titubeó y, acto seguido, se encogió de hombros.

–Tengo un paciente aquejado de un cálculo en la vejiga. Leyton me comentó que ha logrado buenos resultados con su receta para casos como este. El paciente no goza de una salud tan robusta como para que sea recomendable sajar y extraer la piedra, dado que padece una insuficiencia respiratoria crónica. ¿Seréis capaz de recordar todo eso?

–Pues sí, creo que sí. –Susannah esbozó una dulce sonrisa y revolvió enérgicamente el azufre molido con la mano del almiraz hasta que, entre ellos, se alzó en el aire una asfixiante nube de

polvo—. Para los cálculos, mi padre suele aconsejar alcohol nítrico etéreo, mezclado con láudano y aceite de enebro. Vuestro paciente debe tomar una cucharadita de ese remedio en una infusión de linaza endulzada con miel.

El doctor Ambrose tosió y se llevó un pañuelo a la nariz.

—¿Estáis segura?

—Naturalmente. Y para ese resuello vuestro en el pecho podéis probar la leche de goma de amoníaco mezclada con jarabe de cebolla albarrana.

El doctor Ambrose enarcó las cejas, y Susannah se esforzó en no mostrarse petulante.

—Tal vez deseéis calentaros junto al fuego mientras os preparo las medicinas —sugirió.

—¿Conocéis las proporciones exactas?

—Estoy más que acostumbrada a despachar las recetas de mi padre.

Se retiró a la rebotica, un espacio situado al fondo de la tienda, separado por una cortina. Desde allí, miró por la abertura entre las cortinas mientras él, pensando al parecer que nadie lo veía, se levantó la capa y se calentó el trasero al amor de la lumbré. Ahogando una risa, Susannah se volvió hacia el banco y se puso manos a la obra. Mientras echaba en el frasco el último preparado, tintineó la campanilla de la puerta. Al apartar la cortina, vio entrar a una mujer vestida con elegancia.

—Tomad asiento junto al fuego, por favor; enseguida os atenderé —indicó Susannah.

Entregó los dos frascos con las medicinas al doctor Ambrose y, a fin de conservar al cliente, redobló sus esfuerzos por tratarlo con cortesía.

—Espero que hayáis entrado en calor. —Se preguntó si debía avisarlo de que tenía una mancha de azufre en la nariz, pero decidió abstenerse—. Dicen que este viento cortante viene de Rusia y por eso la escarcha apenas se ha fundido desde diciembre.

—Quizá sea mejor así —contestó el médico—. El frío modera la severidad de la peste.

—Excepto en la parroquia de San Gil, claro. Debemos rezar para que el frío acabe con la plaga.

—Ciertamente. Cargad las recetas a mi cuenta. —Se despidió con un gesto y se marchó.

Susannah se preguntaba por qué ese hombre tenía el humor tan agrio mientras lo observó alejarse por Fleet Street. ¡Lástima que su rostro misteriosamente atractivo no se correspondiera con unos modales más agradables!

La otra clienta era una mujer rubia poco más o menos de la edad de Susannah y vestía una refinada capa ornada de piel que cubría casi por completo su falda carmesí. De puntillas, con la pequeña nariz arrugada en una expresión de repugnancia, examinaba el cocodrilo disecado que colgaba de una de las vigas del techo.

—¿Es auténtico?

—Por supuesto. Lo trajeron de África. Mi padre se lo compró a un marinero.

Susannah todavía recordaba la mezcla de miedo y fascinación que sintió cuando su padre llegó a casa con el cocodrilo, hacía ya muchos años. Vacilante, tocó su cuerpo duro y escamoso con la yema de un dedo, y se estremeció al ver la mirada de aquellos ojos, dos cuentas de cristal. Su hermano menor, Tom, se escondió detrás del mostrador hasta que su madre le aseguró que esa criatura no estaba viva.

—¿Esta es la botica del señor Leyton, la del cartel con un unicornio y un dragón?

—Como habréis visto, el cartel cuelga sobre la puerta.

—¿Está el señor Leyton?

—Ahora mismo no. ¿Puedo ayudaros en algo?

La mujer apretó los labios y miró a Susannah de arriba abajo.

—Me gustaría... —Con expresión un poco ceñuda, echó una ojeada a los frascos y botellas dispuestos a lo largo de las paredes—. Sí, me vendría bien un frasco de agua de rosas. Decidme —añadió, deslizando el dedo enguantado por el mostrador—, ¿cuántas chimeneas hay en este edificio?

–Bueno, tenemos tres alcobas, el salón y el comedor; por otro lado, están la tienda, la rebotica y la cocina –balbuceó Susannah, desconcertada.

–Es una casa estrecha y torcida por los años.

–Pero también tiene mucha profundidad. –Susannah permaneció muy erguida, sintiendo en la cara el calor de un naciente arranque de genio–. Y tenemos un buen patio, y las paredes del salón están revestidas de madera.

La mujer suspiró.

–Tampoco está tan mal, supongo. –Dejó un puñado de monedas en el mostrador, alcanzó el agua de rosas y esperó a que Susannah le abriera la puerta de la tienda.

Aliviada por haberse librado de esa clienta y sus indiscretas preguntas, Susannah se quedó por un momento en el umbral de la puerta abierta, tiritando, y contempló la calle cubierta de nieve, más allá del palanquín que esperaba a la mujer. De pronto vio a Ned, el mancebo de la botica, que volvía precipitadamente a la tienda después de entregar un paquete de píldoras para el hígado a las señoritas Lane. Mantenía la cabeza gacha para protegerse del cortante viento, y Susannah advirtió que estaba a punto de arrollar a la clienta que acababa de salir.

–¡Cuidado, Ned! –exclamó.

Ned giró en el último instante y esquivó por muy poco a la mujer, justo cuando esta subía al palanquín.

Ella lanzó una mirada acusadora a Susannah, alzó la nariz y, con una seña, ordenó que el palanquín se pusiera en marcha.

–¡Lleva más cuidado, Ned! –reprendió Susannah.

Después de entrar los dos en la botica, el mancebo cerró de un portazo y corrió hacia el fuego para calentarse las manos. Una vez allí, empezó a dar patadas en el suelo para recobrar la sensibilidad en los pies.

–¡Dios santo! –exclamó Susannah. Después de haber reprimido su irritación en presencia de los dos últimos clientes, habló ahora con un tono más áspero que de costumbre–. Ve a por la escoba y límpiate ese hielo de las botas antes de que lo encharques todo.

—Lo siento, señorita.

—Y luego puedes quitar el polvo a los tarros.

—Sí, señorita. —Se sopló los dedos, fue a buscar la escoba a la rebotica y empezó a barrer.

Susannah se apaciguó. A veces Ned le recordaba a su hermano Tom, que ahora vivía muy lejos, en Virginia. Bajó un enorme tarro de piedra del estante, sacó una cucharada de la sustancia pegajosa que contenía y embadurnó con ella una hoja de papel marrón.

—¡Toma! —dijo, al tiempo que entregaba el bálsamo a Ned—. Frótate los sabañones con esto y no se te agrietará la piel. ¡Y no te olvides de quitar el polvo a los tarros!

Tomó el almirez con azufre y la mano del mostrador y fue a la rebotica a preparar un ungüento para granos.

Había pasado sus veintiséis años de vida en la botica, y esta albergaba sus recuerdos más preciados. Mientras medía ingredientes y mezclaba el ungüento, sin dejar de tararear, rememoró cómo Tom y ella, de niños, aprendieron a sumar contando píldoras. Recordó los experimentos con la balanza, su fascinación al ver que un enorme manojito de salvia seca pesaba exactamente lo mismo que una minúscula porción de plomo. En el gran almirez de piedra, el mismo que utilizaba ahora, había preparado mezclas extraordinariamente pegajosas de grasa de cerdo, albayalde y trementina como bálsamo para las quemaduras. Había aprendido a leer estudiando las palabras, en latín, pintadas en los tarros alineados contra las paredes y, más tarde, a escribir siguiendo la exquisita caligrafía de su padre en las etiquetas pegadas a las hileras de cajones de madera.

A continuación puso a hervir un manojito de romero y jarabe de miel y olisqueó su aroma dulce y resinoso. El frío y la pútrida niebla de Londres eran excelentes para el negocio, porque en invierno la mayoría de los clientes tenían una tos crónica. Lamiéndose la miel del pulgar, echó un vistazo a través de la abertura entre las cortinas de la rebotica y vio a Ned tendido sobre el mostrador, provocando al gato con un paño que arrastraba ante él. De pronto el mancebo bajó al suelo y, con meticuloso

esmero, empezó a limpiar el polvo de los tarros de mayólica. Susannah dedujo que había visto acercarse a su maestro de regreso a la botica.

Cornelius Leyton maniobró como pudo para entrar por la puerta cargado con una caja enorme, que colocó en el mostrador entre un cono de azúcar y el tarro de sanguijuelas. Tenía la nariz de color rojo cereza a causa del frío.

—¿Qué traéis, padre?

Con toda parsimonia, él empezó a desatar el cordel.

—¡Ya lo hago yo! —se ofreció Susannah. Sacó un cuchillo de debajo del mostrador y cortó el nudo.

—¡Tú siempre tan impaciente, Susannah! —Cornelius destapó la caja con cuidado.

Susannah vio un asomo de pelo oscuro y ahogó una exclamación. ¿Era acaso un cachorro? Pero en cuanto su padre retiró el papel de seda, comprendió desilusionada que se equivocaba.

Cornelius sacó la peluca y sacudió los rizos negros, largos y lustrosos.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Es... magnífica. ¡Ponéosla!

Con los ojos relucientes de expectación, su padre se quitó de un tirón la peluca habitual, un modesto modelo de color castaño que tenía desde hacía mucho tiempo, y dejó a la vista su propio cabello gris, muy corto. Acto seguido, con actitud reverencial, se colocó la peluca nueva.

Susannah se quedó mirándolo.

—¿Susannah?

Enmudecida, mantuvo la mirada fija en él. Su padre era un hombre agraciado, alto, de ojos oscuros y apariencia de autoridad, pero ella nunca lo había considerado vanidoso. De hecho, siempre había tenido que animarlo a comprarse un abrigo o un calzón nuevos, y llevaba un sombrero bochornosamente anticuado. Sin embargo, aquella peluca era otro cantar. Lo convertía en un elegante desconocido, y eso la inquietaba.

—¿Y bien? —preguntó él con cara de preocupación, impaciente por oír la respuesta.

–Sorprendente –contestó Susannah por fin. Levantó uno de los rizos sedosos, que le caían casi hasta la cintura–. Es muy bonita. –Buscó torpemente las palabras–. Casi no os reconozco. Con ella se os ve tan... joven.

Su padre se apresuró a reprimir la sonrisa que asomó a sus labios.

–Estáis igualito que el rey, señor –dijo Ned.

Cornelius lanzó a su mancebo una mirada severa.

–¿Tanto tiempo te sobra que andas perdiéndolo con charla intrascendente, Ned? ¿Tendré que buscarte algo que hacer? Aún hay que restregar a fondo el alambique que hay en el patio. Por lógica primero hay que desprender el hielo...

Ned, sin perder tiempo, siguió quitando el polvo.

–He estado hablando con Richard Berry, mi viejo amigo –continuó Cornelius, lanzando una mirada risueña a Susannah–, y me ha dicho que es bueno para el negocio ofrecer una imagen más moderna. ¿No crees que debería comprarme también un sombrero?

–¡Hace meses que os lo digo!

–¿Ah, sí?

–¡Padre!

–Tengo que hacer unas visitas. ¿Me has cepillado el abrigo azul?

–Claro.

–Entonces, si no hay aquí nada que requiera mi atención...

–¡Ah! Me olvidaba. El doctor Ambrose ha pedido que paséis a verlo para hablar de un paciente con un cálculo en la vejiga. Le he preparado las recetas.

–Bien, bien. –Cornelius tomó su vieja peluca y se encaminó al piso de arriba.

Susannah lo miró con estupefacción mientras se alejaba. ¿Qué demonios se había adueñado de él para empezar de pronto a interesarse por su aspecto físico? Cabeceó y volvió a la rebotica para embotellar en tarros el unguento de azufre. Como siempre, al llenar los tarros con esa mezcla en particular, evocó el familiar recuerdo de una tarde, hacía once años, mientras

ayudaba a su madre a llevar a cabo esa misma tarea. Tenía grabada en la memoria la voz suave de su madre y la recordaba, como si fuese ayer, con la mano posada con ternura sobre el vientre abultado. Eso ocurrió dos días antes de su muerte; flotaba entonces el mismo hedor a azufre en el aire, mezclado con los acostumbrados aromas a agua de rosas y cera de abeja, regaliz y aceite de ajeno, trementina y hierbas secas. Aquellos eran los olores del oficio de su padre, y Susannah los llevaba en la sangre.

La campanilla de la tienda la devolvió al presente con un sobresalto y, complacida, oyó la voz de Martha. Hasta el día de su boda, Martha había sido vecina suya y era su amiga más íntima desde hacía veinte años, pese a sus inclinaciones puritanas. Susannah apartó la cortina y fue a saludarla.

Martha, tan pulcra como siempre, con un delantal almidonado y el pelo oscuro firmemente remetido bajo la cofia, dio un respingo cuando se besaron.

–¡Uf! ¿Y esta vez qué es?

–¡Nada peligroso! Un simple unguento para el cutis.

–Huele tan mal que seguro que ahuyenta los granos.

Martha se puso blanca como el papel y se llevó a la boca los estilizados dedos a la par que tragaba saliva convulsivamente.

–Tampoco es para tanto, digo yo.

Martha esbozó una sonrisa.

–En estos momentos cualquier cosa me revuelve el estómago –dijo, llevándose las manos al delantal–. He venido a pedirte ese cordial de jengibre que me preparaste la última vez...

–¿La última vez? ¡Por favor, Martha! ¿No irás a tener otro? Ni siquiera has destetado aún a la pequeña Alys.

–Ya lo sé. –Dejó escapar un suspiro. Las manchas oscuras que se formaban bajo sus ojos de color avellana contrastaban con su tez clara–. Advertí a Josiah que si insistía en que Alys tuviera nodriza probablemente volvería a quedarme embarazada. Ya sabes lo tozudos que son los hombres.

–Tozudos, y muy suyos –añadió Susannah, acordándose de la última adquisición de su padre. Sacó el escabel de debajo del mostrador, se subió en él, se estiró hasta llegar al último estante,

y alcanzó el cordial de jengibre. A continuación decantó parte del líquido dorado en un frasco y lo tapó con un corcho.

La estrecha puerta de la escalera se abrió con un chirrido y apareció Cornelius, luciendo su nueva peluca y su mejor abrigo azul. Exhibía más encaje que de costumbre en el cuello y nuevas cintas azules en los zapatos. Lo envolvía un inconfundible aroma a agua de lavanda y cierta apariencia de tímido orgullo.

–Martha, ¿va todo bien?

Cuando Martha lo saludó con una breve inclinación de cabeza, su rostro blanco y pecoso se tiñó de rojo.

–Señor Layton. Sí, gracias, todo bien.

Cornelius lanzó un vistazo al frasco de cordial y luego a la cintura de Martha.

–¿Y tus pequeños?

–También están bien.

–Bueno, bueno. No te entretengo. –Tomó su bastón con empuñadura de plata–. Susannah, no me esperes a cenar esta noche.

Se adentró en el tumulto de Fleet Street y alzó el bastón para detener un coche de alquiler.

Martha se quedó mirando a su amiga con los ojos muy abiertos.

–Tu padre está muy cambiado. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo apuesto que es.

Cuando Martha se fue, Susannah empezó a preguntarse adónde iría su padre tan peripuesto.

Dos semanas más tarde, cuando Susannah preparaba unas rosquillas de azúcar con Jennet, la criada, Cornelius entró en la cocina. Permaneció de pie ante el hogar, desplazó el peso del cuerpo de un pie a otro y las observó mientras Susannah machacaba el azúcar y Jennet desalaba la mantequilla. El libro de recetas de su difunta esposa se hallaba abierto en la mesa, con un ramito de lavanda seca señalando la página.

–¿Queríais algo? –preguntó Susannah al cabo de un rato.

Cornelius tomó la lavanda y la hizo girar entre los dedos.

–La flor preferida de tu madre –comentó.

–Y estamos preparando vuestras rosquillas preferidas.

–Ya veo. –Dejó la lavanda, y al hacerlo, sin querer, tiró el libro al suelo.

Unas cuantas hojas de papel salieron volando, y Susannah se apresuró a reunir las y meterlas de nuevo entre las preciadas páginas.

–Padre, ¿por qué no os vais al salón? Ya os llevaré unas rosquillas cuando estén listas.

–Sí, quizá sea lo mejor. Hay una cosa...

–¿Mmm?

Con cuidado, Susannah rompió unos huevos y los vació en un cuenco.

–Después –dijo él.

Cuando Cornelius se fue, Jennet comentó:

–¡Se lo ve tan inquieto como un gato con pulgas! –Se secó las manos en la cadera–. Creo que se trae algo entre manos.

Cuando las rosquillas estaban ya preparadas, Susannah las espolvoreó con azúcar glas y las llevó al salón, donde Cornelius, de pie ante la ventana, contemplaba la calle. Se volvió con el rostro tenso de desasosiego.

–Padre, ¿qué ocurre? –preguntó, súbitamente preocupada.

–Cómo te parece a tu madre. A veces te veo con tu precioso pelo rojizo y por un momento casi creo que Elizabeth ha vuelto a mi lado.

–Yo tengo la sensación de que en realidad nunca nos ha dejado.

–Ya lo sé. –Cornelius exhaló un profundo suspiro–. Pero sí, se ha ido. Y hace ya once largos años. Tú has sido un gran consuelo para mí, sobre todo desde que Tom se marchó también.

Susannah le apretó la mano.

–Hemos sido un consuelo el uno para el otro.

De pronto, él volvió de nuevo la cabeza y se acercó a la chimenea.

–Susannah, me temo que te he hecho un flaco favor.

–¿Un flaco favor? ¿Cómo es posible?

–Me he comportado de manera egoísta. Tu compañía ha sido siempre tan grata para mí que te he mantenido a mi lado...

–¡Pero es a vuestro lado donde quiero estar!

–Has aprendido mi oficio mejor que cualquiera de los mancebos que he tenido a lo largo de los años, y tienes una caligrafía más pulcra que la mía. Incluso tu latín es tan bueno como el de cualquier erudito. –Sonrió con ironía–. Pero ya deberías estar casada, y con toda una prole, igual que Martha.

–Nunca he querido tener hijos.

No era cierto, naturalmente. Deseaba tener hijos como cualquier mujer, pero... se estremeció al recordar.

–He faltado a mi obligación de buscarte marido.

–Estoy muy a gusto llevando la casa para vos. Además, ¿dónde voy a encontrar un hombre que esté a vuestra altura?

La había pretendido Nicholas, era cierto, pero su padre no lo había considerado bastante bueno para ella. Y después el joven repartidor de mirada risueña, que entregaba hierbas de la granja de Essex...

–Susannah, los tiempos cambian.

–¿Qué queréis decir?

Su padre, sin mirarla a los ojos, tomó sus manos entre las suyas.

–Te quiero tanto como un hombre puede querer a una hija, pero hemos llorado a tu madre demasiado tiempo. He tomado una determinación. –Seguía sin mirarla–. Tengo intención de volver a contraer matrimonio –anunció.

Ella dejó escapar una risotada vacilante.

–No deberíais bromear con esas cosas.

Cornelius tensó los labios.

–Me he expresado con absoluta claridad. Quiero contraer segundas nupcias. Y he conocido a una dama adecuada, una viuda.

–Pero nosotros ya nos las arreglamos bien. –Susannah ayudaba a llevar los libros de contabilidad de la tienda y sabía que eran mucho más ricos de lo que nadie podía sospechar al ver la sencillez con que vivían. Perpleja, movió la cabeza–. Tenéis

la vejez asegurada; no os hace falta casaros para aumentar nuestra fortuna.

–Eso no lo he tomado en consideración a la hora de decidirme. Dicha dama, con la muerte de su marido, atraviesa estrecheces, aunque no es ella la culpable.

–¿Esa viuda no tiene bienes parafernales?

Cornelius se examinó los zapatos.

–Entonces no lo entiendo –dijo Susannah–. ¿Por qué habrías de hacer una cosa así?

–Porque ya es hora. Porque necesito... compañía.

–¿Compañía? ¡Pero si nos tenemos el uno al otro! Lo hacemos todo juntos. ¿Qué más compañía necesitáis?

Cornelius se sonrojó; su rostro se tiñó de un color carmesí semejante al de los frascos de cochinilla de la rebotica.

–Un hombre necesita una esposa para... –Gesticuló, sin encontrar las palabras.

De repente Susannah comprendió a qué se refería y se ruborizó también. Nunca se le había ocurrido imaginar siquiera que su padre tuviera esas necesidades concretas.

–La dama está impaciente por conocerte.

–¡No quiero conocerla! –Sintió un cosquilleo en los dedos y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo–. ¡Padre, esto es un disparate! Pensad...

–¡Ya basta! La traeré a cenar pasado mañana. Así Jennet y tú tendréis tiempo para preparar una buena cena. –Su tono no admitía discusión.

Susannah tragó saliva y permaneció muy erguida.

–¿Puedo saber el nombre de esa viuda?

–Arabella Poynter. Un nombre bonito, ¿verdad? Tiene dos hijos y una hija, Harriet, que está decidida a ser tu amiga.

Susannah sintió un zumbido en los oídos y por un momento temió desmayarse.

–Padre, no podéis hacer eso. ¡Todo cambiará!

–Ya he tomado la decisión. –Le volvió la espalda y alcanzó un libro de la mesa. Con ese gesto daba por concluida la conversación.

Susannah, con las rodillas temblorosas por la conmoción, regresó a la cocina.

Decididas a que la señora Poynter no pudiera encontrar pega alguna a lo que iba a convertirse en su nuevo hogar, Susannah y Jennet se pusieron manos a la obra con las tareas de la casa. Sin despegar los labios, barrieron y fregaron a fondo el vestíbulo, la escalera y el salón, y eliminaron la película de hollín que se depositaba continuamente en todas partes a causa de la carbónilla que flotaba en el aire.

Jennet, con las manos rojas y mojadas de restregar los cacharros de cocina, sacó las alfombras al patio y las vareó hasta que la nube de polvo se confundió con su aliento empañado por el frío. Susannah abrigó la vajilla con cola de caballo hasta que el peltre despidió el resplandor traslúcido del agua quieta bajo un cielo tormentoso. Abstraída en sus pensamientos, observó su reflejo mientras intentaba comprender por qué su padre deseaba introducir ese cambio en sus vidas. Le dolía en lo más profundo que él le hubiera ocultado su sentimiento de soledad. Ella creía que eran compañeros íntimos, sin secretos el uno para el otro.

A gatas, frotó las anchas tablas de madera de olmo del salón con un abrillantador elaborado por ella misma a base de cera de abeja y lavanda; su resentimiento se avivaba cada vez que pasaba el paño. ¿Quién era esa viuda cazafortunas que, en su temeridad, se creía capaz de ocupar el lugar de su madre? ¿Y por qué Harriet, la hija de esa intrusa, daba por hecho que podían ser amigas?

A la mañana siguiente Cornelius sacó un puñado de monedas del cofre que guardaba cerrado con llave en su alcoba y se las puso a Susannah en la mano.

—Es mi expreso deseo que no escatimes en la calidad de esta cena de celebración —dijo.

Susannah fijó la mirada en las monedas. Dudaba que hubiese gastado tanto en comida en todo el último mes. Instadas por lo

general a la frugalidad, Jennet y Susannah hablaron detenidamente acerca de qué podían preparar mientras avanzaban por la nieve en dirección al mercado. Al final acordaron que un pudín de ostras y ternera –por supuesto, según la receta especial de la madre de Susannah– tenía que ser el plato central del banquete.

Pasadas casi dos horas, regresaron con los cestos llenos de provisiones para el festín que Cornelius deseaba ofrecer a su futura esposa. Ateridas de frío, se descalzaron y encendieron el fuego. Susannah preparó la masa, aún tenía las manos frías, y Jennet puso el cordero a cocer y peló los nabos. Mientras Susannah amasaba, rogaba para sus adentros que su padre cambiara de idea sobre esa inoportuna boda.

Las ostras tardaron más en abrirse de lo que preveían y empezaron a preguntarse con preocupación si no habrían sido demasiado ambiciosas al elegir ese menú habida cuenta del tiempo de que disponían. Cuando las campanas de Santa Brígida dieron las tres menos cuarto, Susannah se quitó el delantal y dejó a Jennet la grasienta tarea de dar vueltas a los pollos en el espetón.

En el piso de arriba, Susannah se atavió con su mejor corpiño de seda verde y la falda con la enagua de damasco dorado. A continuación levantó la tapa de su cajita de marquetería y sacó uno de los dos objetos más valiosos que poseía. Se puso la cadena de oro, besó el colgante de nácar de su madre que le cayó sobre el pecho. El otro tesoro se encontraba también en la caja, envuelto en terciopelo azul: un retrato en miniatura de su madre. El artista la había reproducido bien, y ella lucía una sonrisa permanente, su rostro detenido para siempre en la juventud. Susannah volvió a sufrir el sentimiento familiar y doloroso de haber perdido a su madre demasiado pronto. ¿Cómo podía su padre plantearse siquiera sustituirla?

Se enjugó los ojos y supo que no podía demorarse más. Se miró en el espejo. ¿Estaba presentable? Se mordisqueó los labios para devolverles el color. Como siempre, el pelo se le había rizado por los vapores de la cocina, y solo tuvo tiempo de atusárselo y prenderse la cofia de encaje antes de bajar a toda prisa al salón.

Cornelius, engalanado con su nueva peluca y su mejor chaqueta, miraba calle abajo.

–La señora Poynter llegará de un momento a otro –anunció–. Estás muy guapa, querida. Ese tono verde siempre te ha sentado bien; hace juego con tus ojos.

Susannah admitió para sí que era muy probable que tuviera los ojos más verdes que de costumbre a causa de los celos.

–Todo está a punto –anunció–. Jennet ha quemado un poco la carpa pero le he quitado la piel y la he bañado en una salsa de mantequilla y hierbas.

Un palanquín se detuvo ante la casa, y Cornelius se apartó de la ventana. Susannah, sin tantas contemplaciones, se quedó mirando con el corazón desbocado en espera de ver a su futura madrastra. Pero, para su decepción, la mujer iba envuelta en una capa oscura con capucha. Con paso delicado, avanzó hacia la puerta entre la aguanieve.

Abajo, los zuecos de Jennet resonaron en el vestíbulo.

Susannah contuvo unas repentinas náuseas y confió en que Jennet se hubiese acordado de ponerse una cofia y un mandil limpios.

Cornelius, apoyado en la repisa de la chimenea, adoptó una estudiada postura de despreocupación y se arregló una vez más el encaje de los puños de la camisa.

Con las manos entrelazadas y temblorosas, Susannah aguardó mientras oía subir unas pisadas por la escalera.

La puerta se abrió.

Susannah contuvo la respiración. Era la joven indiscreta que había visitado la botica hacía unos días. La miró con expresión ceñuda.

–No sois quien esperaba ver –dijo–. ¿Sois Harriet? ¿Finalmente vuestra madre no ha podido venir? –Sintió un amago de enojo por todo el tiempo que Jennet y ella habían dedicado a preparar la casa y la cena, para que al final la futura esposa de su padre no se presentara.

La mujer enarcó sus cejas bien depiladas.

–Mi madre, que en paz descansa, murió hace cinco años.

Cornelius le tendió las manos, y ella le ofreció la mejilla empolvada para que la besase.

–Arabella, qué placer tenerte aquí entre nosotros –saludó.

–El placer es mío, mi querido Cornelius.

–Permíteme que te presente a mi hija, Susannah.

Perpleja, Susannah aceptó la mano pequeña y fría, esforzándose en conciliar su idea preconcebida –una viuda de cuarenta o incluso cincuenta y tantos años– con la imagen de aquella criatura juvenil, vestida con seda de color nomeolvides, que se hallaba ante ella. ¿Acaso su padre había perdido el juicio?

–Ya nos conocíamos, padre –informó Susannah.

–¿Y eso?

Arabella se sonrojó vivamente y pestañeó.

–Confieso que me dejé vencer por la curiosidad, querido Cornelius. El otro día vine a comprar una bagatela.

–¿Y por qué no preguntaste por mí?

–No estabas en casa, y como era antes de que me propusieras matrimonio, preferí no presentarme. Además, ¿qué podría haber dicho a nuestra querida Susannah sin que me tomara por una descarada?

La expresión de anhelo con que su padre miraba a Arabella violentó profundamente a Susannah.

–Me ha dicho mi padre que tenéis una hija –comentó Susannah para salvar la incómoda situación.

Arabella, sonriente, se volvió hacia ella, como si acabara de reparar en su presencia.

–Harriet es la mayor de mis tres hijos. Tiene ocho años y es un encanto de niña, como tú misma verás. Luego están los varones, Mathew y John, de seis y cuatro años respectivamente.

–Pero... –La sorpresa recorrió a Susannah como un río de agua helada. Ni en lo más remoto se le había pasado siquiera por la cabeza que los hijos de su futura madrastra estuvieran aún en la infancia y necesitaran con toda probabilidad vivir bajo el techo de su padre–. Pero ¿dónde demonios vamos a meterlos a todos?

–Seguro que ya nos los arreglaremos, ¿verdad, Cornelius?

–Arabella le dirigió una sonrisa radiante.

–¡Claro que sí!

–Y tú, mi querida Susannah –dijo Arabella–, disfrutarás del placer de tener una hermanita y dos hermanos nuevos.

Susannah observó a su padre, que daba unas palmadas a Arabella en el brazo. ¡Esa mujer lo había hechizado! De pronto no resistía estar en la misma habitación que ellos dos.

–Iré a ver si la cena está lista –pretextó.

En la cocina, Jennet la miró con los ojos muy abiertos y dijo:

–No es como yo esperaba ni mucho menos.

–No, no lo es –convino Susannah, casi incapaz aún de asimilar ese giro en los acontecimientos. Ya era bastante desgracia que su padre quisiera una esposa; pero, para colmo, esa joven no era una compañera adecuada en absoluto.

Regresó al piso de arriba con los pollos asados en una fuente. En el umbral de la puerta vio a Arabella entre los brazos de su padre, jugueteando con los botones de su chaleco, y se detuvo, vacilante.

Cornelius se desprendió de Arabella, pero no miró a su hija cuando esta dejó la fuente en la mesa.

La cena fue un despliegue magnífico. Sirvieron la carpa gui-sada, el famoso pudín de ternera y ostras, el cordero cocido con nabos y zanahorias, tarta de manzana, membrillo confitado y un excelente queso. Apenas lo probaron. Cornelius, enamorado, no apartaba la mirada del rostro de Arabella, que sonreía como una boba, y Susannah, angustiada, empezaba a darse cuenta de lo mucho que cambiaría la vida en la casa.